



ediciones mundo

EVANGELIO Y PAZ

DOCUMENTO DE TRABAJO DEL COMITE PERMANENTE DEL EPISCOPADO

EVANGELIO Y PAZ

DOCUMENTO DE TRABAJO DEL COMITE PERMANENTE DEL EPISCOPADO

tercera edición: marzo de 1976

ediciones mundo

1ª Edición: Octubre 1975, 10.000 ejemplares.

2ª Edición: Noviembre 1975, 10.000 ejemplares

3ª Edición: Abril 1976, 5.000 ejemplares.

CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE

Cienfuegos 47 - Tel.: 717733 - 81416 - Santiago, Chile

Editor: Mundo Ltda., Condell 272, Teléfono 237722, Santiago, Chile.

Impresores: Esc. Lito-tipográfica Sales. - Bulnes 19 - Fono 94694 - Stgo.

Portada: Martín Hombauer R.

Fotos: Archivo Mundo, Revista Ercilla, M. Hombauer, J. M. Camarero.

PRESENTACION

El texto que Ud. tiene entre sus manos es un documento de trabajo. Ha sido escrito para ser leído, estudiado y meditado, discutido entre cristianos, en sus grupos apostólicos o en sus comunidades eclesiales.

La Asamblea Plenaria de abril de 1975 acordó su preparación y encargó a uno de sus miembros la redacción de un temario.

Este temario fue enviado a cada uno de los Obispos para que presentara sus observaciones. La casi totalidad de las opiniones fueron favorables y se aportaron valiosas sugerencias.

Se encargó entonces la redacción de un borrador que desarrollara el temario, a un miembro de nuestra Iglesia, quien entregó un trabajo magnífico.

Reunido el Comité Permanente durante varios días, estudió detenidamente dicho borrador, estimando, pese a sus grandes méritos, que debía hacerse otra redacción, utilizando sí, en gran parte, el material allí reunido.

Esta nueva redacción fue estudiada en una reunión del Comité Permanente a que asistieron, fuera de los titulares, muchos Obispos, y se le hicieron críticas de detalle, las que fueron tomadas en cuenta para una tercera redacción.

Reunido nuevamente el Comité Permanente, aprobo esta última redacción con algunas correcciones de detalle, y ordenó su publicación en conformidad con el acuerdo tomado en la Asamblea Plenaria.

Este documento complementa en cierto sentido nuestro documento de trabajo "Evangelio, Política y Socialismos", de 1971.

**EL COMITE PERMANENTE
DEL EPISCOPADO**
Santiago, 5 de septiembre de 1975

I. LA PAZ

1. ¿Por qué hablamos?

El 28 de octubre de 1965 —hace 10 años— el Papa Paulo VI y todos los Obispos del mundo proclamaron solemnemente el texto siguiente:

“En el ejercicio de su deber de enseñar, los Obispos: anuncien a los hombres el Evangelio de Cristo, llamándolos a la fe viva o afianzándolos en la fe viva;

propónganles el misterio íntegro de Cristo, y el camino para glorificar a Dios y alcanzar la bienaventuranza eterna;

muéstrenles que las mismas cosas terrenas y las instituciones humanas se ordenan también a la salvación de los hombres y pueden contribuir a la edificación del Cuerpo de Cristo;

enseñen hasta qué punto ha de ser estimada la persona humana con su libertad y la vida misma del cuerpo; la familia y su unidad y estabilidad, y la procreación y educación de la prole; la sociedad civil con sus leyes y profesiones; el trabajo y el descanso, las artes e inventos técnicos; la pobreza y la abundancia de riquezas;

expongan los modos como hayan de resolverse los problemas acerca de la posesión, incremento y recta distribución de los bienes materiales; sobre la guerra y la paz de la fraterna convivencia de todos los pueblos”. (Christus Dominus 12).

Nosotros nos proponemos cumplirlo.

Les invitamos a reflexionar sobre la paz, su sentido verdadero, lo que es y lo que no es; sobre las condiciones de su existencia y los obstáculos a su establecimiento; sobre lo que debemos hacer nosotros para merecer la recompensa prometida por el Señor cuando dice: *“Felices los pacíficos —los que trabajan por la paz— porque serán reconocidos como hijos de Dios”* (Mateo 5,9).

2. El Evangelio, ¿preconiza la violencia?

Algunos dicen que el Evangelio preconiza la violencia. Aluden a ciertos textos:

“No piensen que vine a la tierra a traer la paz: no vine a traer la paz, sino la espada. Porque vine a poner al hijo en contra de su padre, la hija en contra de su madre y la nuera en

contra de su suegra. Y el hombre hallará enemigos en su propia casa” (Mateo 10, 34-36).

Pero estas palabras del Señor se refieren a los desgarramientos que se habrán de producir en las familias más unidas, cuando uno de sus miembros se proponga seguir a Cristo con la oposición de los demás. Podrá haber violencia **por parte de los paganos** en contra de quien se convierta a Cristo, en ningún caso al revés.

“El Reino de los cielos padece violencia y los violentos lo arrebatan” (Mateo 11,12).

Sí, los violentos, pero los que ejercen su violencia **contra sí mismos** para dominar sus pasiones y seguir a Cristo por los caminos de la humildad y de la mansedumbre.

Cierto es que Cristo usó de alguna violencia al expulsar del Templo de Jerusalén a los negociantes que lo habían prostituido (Juan 2, 13-17). Violencia muy relativa: no consta que nadie haya sido tocado, menos herido, por las cuerdas que agitaba Jesús. Pero aunque lo hubiera sido, se trataba del Padre y había que mostrar en forma llamativa, y que quedara grabada en el recuerdo, que la adoración al Dios vivo está mil leguas por encima de los sórdidos negocios de quienes, hasta de lo más sagrado, hacen ocasión de lucro. Sobria utilización de la violencia de la

autoridad legítima al servicio de la más estricta justicia.

3. Evangelio y no-violencia

En cambio, ¡cuántos textos nos enseñan lo contrario!

“Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mateo 11,29).

“Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra” (Mateo 5,5).

“Amen a sus enemigos, recen por sus perseguidores” (Mateo 5,44), y lo de “la otra mejilla” (Mateo 5,39), la entrega del manto “además de la túnica” (Mateo 5,40), el caminar “dos leguas” cuando sólo le piden una (Mateo 5,41) y tantos otros textos.

A sus discípulos que quieren lanzar “el fuego del cielo” contra la ciudad que se negó a recibirlos, les dice el Señor:

“Uds. no saben a qué espíritu pertenecen” (Lucas 9,55).

A Pedro que saca la espada para defenderlo, le dice el Señor:

“Vuelve la espada a su sitio, pues quien usa la espada perecerá también por la espada” (Juan 18,10; Mateo 26,52).

El apóstol Santiago resume la enseñanza del Evangelio cuando escribe que

“la ira del hombre no produce la justicia de Dios” (Santiago 1,20).

No es que el Evangelio privilegie la debilidad sobre la fuerza. Por el contrario. Pero, en la **debilidad** del hombre resplandece la **fuerza** de Dios (2 Cor. 12,9). Y es la fuerza de Dios la que tiene eficacia histórica, y la fuerza de Dios la rechaza el hombre que se cree fuerte —como Goliat— y la recibe el hombre que se sabe débil —como David— (1 Samuel 17, 4-51).

4. La violencia en la historia

Y sin embargo, la historia de la humanidad es una larga sucesión de violencias y de guerras, de crueldades y de padecimientos. ¿Podremos nosotros ir en contra de la corriente? Es tanto más fácil dominar que convencer, aplastar que convertir. La violencia engendra el temor y el odio; el temor y el odio llevan a más violencia. Se usa la violencia para defenderse de la violencia, para prevenir violencias mayores. Por *“amor a la paz”* se prepara la guerra, y los preparativos del uno incitan al otro a prepararse también y la carrera de armamentos lleva a la guerra, o en el mejor de los casos a gastos ruinosos —trescientos mil millones de dólares en 1974— que cargan pesadamente sobre los hombros de los pobres, mientras unos pocos ricos —tanto particulares como Es-



“Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra”.

tados— realizan en este siniestro negocio ganancias fabulosas.

Nadie piensa en corregir los males que desata la violencia. Se prefiere enfrentarla, y al hacerlo, se la exagera. Nadie quiere escuchar al adversario, tratar de comprenderlo, asimilar su parte de verdad, desarmar su parte de error y de mal. Nadie quiere examinar su propia conciencia, reconocer sus errores, purificar sus intenciones, enmendar sus rumbos. Y por eso vivimos envenenados por el temor y el odio la injusticia y la miseria, y mientras *“los unos tienen hambre, porque no comen, los otros no duermen, porque tienen miedo”* (Josué de Castro).

Los cristianos, los discípulos, los seguidores de Cristo estamos en el mundo para eso, para ser testigos de la amistad, de la fraternidad, de la solidaridad entre los hombres, basada en un hecho simple y decisivo: somos hijos de un mismo Padre, por lo tanto somos hermanos. Por eso dijo el Señor que el primer mandamiento es:

“Amarás al Señor tu Dios”, y que el segundo es “semejante al primero”: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”* (Mateo 22, 37-39).

¿Podrá alguien extrañarse o escandalizarse de que los Obispos, continuadores de la misión de Cristo, repitamos, *“a tiempo y a destiempo”* (2 Tim. 4,2) este

doble precepto? ¿Y que los Obispos chilenos no nos cansemos de trabajar porque, en Chile al menos, los valores del Evangelio inspiren eficazmente nuestra convivencia?

“Por el amor de Jerusalén yo no callaré, por el amor de Sión, yo no tomaré descanso”, decía el Profeta Isaías (Isaías 62,1).

Por el amor de Chile, nosotros tampoco callaremos. Por el amor del pueblo chileno, tampoco tomaremos descanso.

5. Dos tipos de violencia

Hay dos tipos de violencia: la que ataca y la que defiende. Los que quieren *“conflicto a cualquier precio”* y los que quieren *“paz a cualquier precio”*. Pero el precio es siempre la violencia. Violencia del revolucionario que ataca el orden establecido. Violencia del contrarrevolucionario que defiende el orden establecido, el *“statu quo”*. Violencia subversiva y violencia establecida. Rechazamos la una y la otra e invitamos a eliminar de raíz, no al enemigo, sino a la causa de la enemistad: la injusticia.

Luchar por la justicia es luchar contra la violencia, es luchar por la paz.

“El fruto de la justicia será la paz” (Isaías 32,17).

Era la divisa de Pío XII: *“Opus justitiae, pax”*.

“La justicia marchará delante de El y la paz sobre las huellas de sus pasos” (Salmo 85).

Hermosa imagen bíblica: la justicia abre el camino al Señor, y la paz avanza en sus pisadas. El vino a

“guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lucas 1,78)

y, cuando nace, los ángeles cantan:

“Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad” (Lucas 2,14).



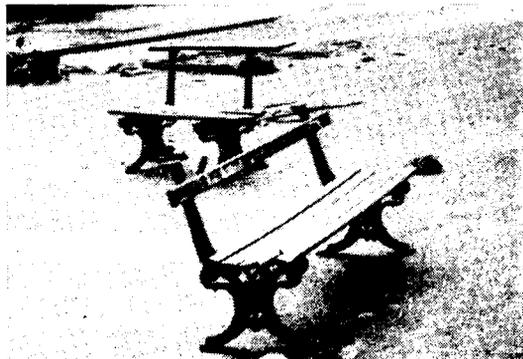
“Conflicto a cualquier precio”.

6. El aporte de Cristo para la paz

La paz, por lo tanto, no consiste en quedarse callado y no hacer nada. No consiste en sofocar la violencia en nombre del “orden” establecido, cuando éste es en realidad “desorden” establecido.

No consiste en renunciar a la lucha, la eterna e insobornable lucha del hombre por la verdad, por la justicia, por la libertad, por la igualdad, por la participación de todos en lo que concierne a todos.

No consiste en la fuerza, o en el miedo, o en el equilibrio de las fuerzas y de los miedos, equilibrio siempre inestable.



“Paz a cualquier precio”.

Consiste en un esfuerzo permanente no sólo por desarmar la violencia y el odio, sino por construir la justicia con amor.

Y a esta empresa, la Iglesia aporta algo insustituible y decisivo: el Evangelio de justicia y de amor.

No damos soluciones técnicas. No somos economistas, ni sociólogos, ni políticos.

Somos los profetas de un mensaje que viene de Dios y que es capaz de inspirar a los políticos, a los sociólogos y a los economistas.

Somos hombres de fe. Sabemos que no todos los chilenos comparten nuestra fe. Este documento va dirigido a los que la tienen.

Pero creemos que aun aquellos que no tienen fe, pueden encontrar inspiración en las enseñanzas de la Biblia y en especial en las de Cristo. Por eso hablamos también para los hombres de buena voluntad, aunque no fueren creyentes.

“El se levantará y pastoreará a su pueblo, El mismo será la Paz” (Miqueas 5, 3-4).

Esa paz es para todos los hombres, no para algunos solamente.

“Paz al que está lejos y paz al que está cerca” (Isaías 57,19).

La paz tiene un precio, cuesta sangre, no la ajena, sino la propia:

“El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados” (Isaías 53,5).

Cristo puede reconciliar a las naciones divididas. Así lo decía Pablo a los “judíos” y a los “gentiles” de su tiempo, divididos por el odio:

“Cristo es nuestra paz, el que, de dos pueblos, ha hecho uno solo, destruyendo, en su propia carne, el muro de odio que los separaba”. (Efesios 2,14).

Cristo puede también hoy día reconciliar a ricos y pobres, a poderosos y débiles, a creyentes y ateos, a ignorantes y sabios. Por eso evangelizar, predicar el Evangelio, cumplir nuestra misión de pastores, es trabajar para la paz.



II. CONDICIONES PARA LA PAZ

1. No instrumentalizar el Evangelio

No nos hacemos, sin embargo, ilusiones acerca de la eficacia de la simple predicación del Evangelio.

Durante siglos —y lo hemos vivido también en Chile en los últimos años—, el Evangelio ha servido como un arsenal donde todos encuentran armas, o para justificar actitudes propias o para confundir al adversario del momento.

Mientras nos sirvamos del Evangelio para apoyar nuestras luchas terrenales, mientras instrumentalicemos la Palabra del Dios vivo al servicio de nuestras obras de muerte, el Evangelio no será para salvación sino para condenación.

El Evangelio, y la enseñanza de la Iglesia —que no es sino su interpretación auténtica y su aplicación actual o a las circunstancias locales—, requieren ser aceptadas con corazón de discípulo.

Hemos de dejarnos interpelar por el Evangelio, hemos de acogerlo con humildad, hemos de convertirnos a él, sin saber hasta dónde él nos va a llevar.

2. Aceptar a Dios

Convertirse es antes que nada aceptar a Dios.

Es creer que El existe, que vive, que habla, que interviene. Es creer que la Biblia no es una valiosa colección de textos muy antiguos, material de trabajo para los eruditos, o almacén de símbolos y de leyendas para poetas o charlistas. Es creer que es el documento de la irrupción de Dios en la historia humana, que es la palabra de Dios que nos interpela y nos exige definirnos.

Creer es definirnos, es decir sí al Dios vivo, es decir como Pedro:

“Tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo” (Mateo 16,16).

Es serle fiel, aun en las horas de desaliento, cuando podríamos pensar en abandonarlo, y decirle, también como Pedro:

“Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna” (Juan 6,68).

Es también amarlo, a pesar de nues-

tros pecados y de nuestros errores, y decirle, como Pedro, una vez más:

“Señor, tú sabes todo: tú sabes que te quiero” (Juan 21,17).

La aceptación de Dios pone en el corazón del hombre una alegría, una sensación de entrega y de plenitud que es ya un primer elemento de la verdadera paz.

Paz que tiene también el que, sin haber encontrado a Dios, lo busca sin embargo. Acaso lo busca porque Dios viene a su encuentro. Acaso sin saberlo, ya lo tiene: *“No me buscarías, si no me hubieras encontrado ya”*. Así habló Jesús a Blas Pascal en la noche de su conversión. de su retorno a la fe.

3. Aceptar la voluntad de Dios.

Convertirse es también aceptar la voluntad de Dios, mejor aún, coincidir con ella, hacer que nuestra voluntad se conforme plenamente con la voluntad de El. Es querer lo que El quiere, amar lo que El ama, odiar lo que El odia.

Cristo nos da el perfecto ejemplo de la total identificación de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios.

“Nada hago por cuenta mía. Yo hago siempre lo que le agrada a El” (Juan 8, 28-29).

“No busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre” (Juan 5,30).

“Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre” (Juan 4,34).

Y, ¿cuál es la voluntad del Padre? Que hagamos nuestros los sentimientos de Cristo, que *“guardemos sus mandatos”*, que *“nos amemos los unos a los otros”* como Cristo nos ama.

¿Queremos trabajar para la paz?

Empecemos por examinar nuestro corazón: ¿subsisten en él antipatías, rencores, odios, envidias? Aún estamos aptos para hacer obra de paz.

Y luego miremos en torno nuestro.

¿Queremos realmente a la gente, a toda la gente, a los pobres y a los ricos, a los amigos y a los enemigos, a los creyentes y a los no creyentes, a los buenos y a los malos, o a los que tenemos por tales? Podemos entonces empezar a trabajar para la paz.

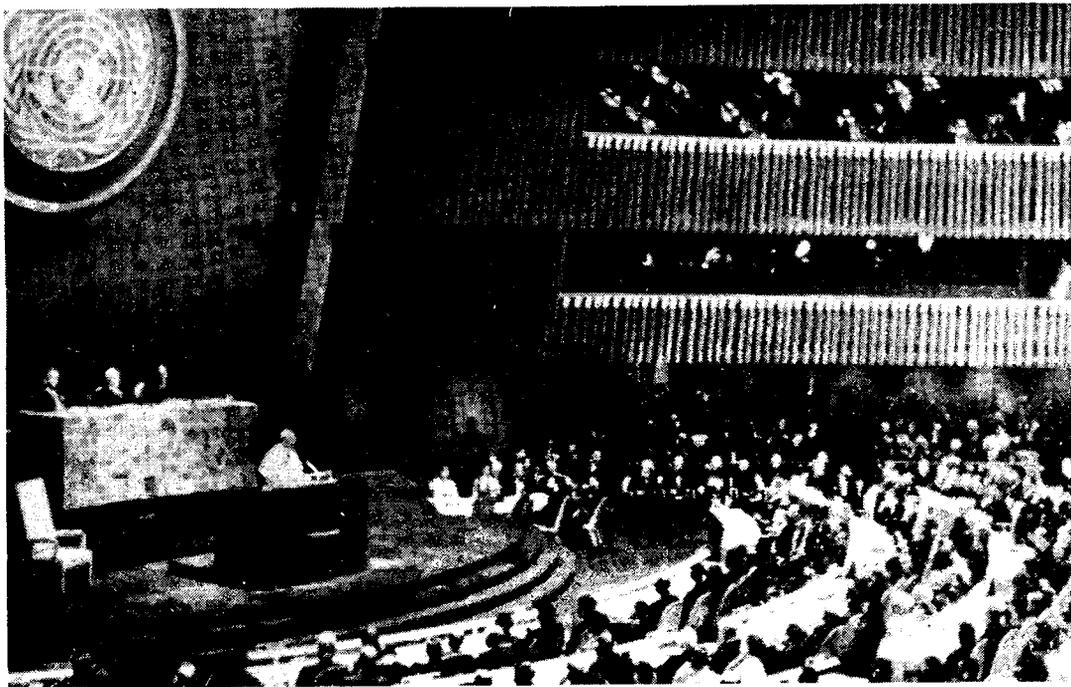
4. Amar a nuestros hermanos es respetar sus derechos.

La segunda condición para la paz, después de colocarnos por la fe y el amor en perfecta conformidad de voluntad con nuestro Padre Dios, es amar a nuestros hermanos.

El amor es hecho, antes que nada, de respeto y de justicia. La justicia es expresión de respeto. El hombre, por ser hijo de Dios, tiene derechos. Tiene derecho a ser respetado. Tiene derecho a nacer, a comer, a participar, a crear, a creer, esperar y amar. Y mientras no se reconozcan esos derechos y no se los asegure, no habrá paz.

5. El derecho a nacer

Todo hombre tiene derecho a nacer, los pobres como los ricos. Y es intolerable que las naciones ricas —o los poderosos intereses de la industria farmacéutica— pretendan decidir, de acuerdo con los gobiernos locales, quiénes tienen derecho a tener hijos y cuántos.



Papa Paulo VI en las Naciones Unidas, el 4 de octubre de 1964.

Empecemos por repartir equitativamente los bienes de este mundo entre todos los países, y dentro de cada país entre todos sus habitantes, y si hemos de pasar hambre, pasémosla juntos, pero que no defiendan unos pocos su mesa bien servida, quitando a los demás el acceso al comedor de la vida, para que no reclamen su parte. (Cf. Discurso del Papa Paulo VI en las Naciones Unidas, el 4 de octubre de 1964).

Sin duda la transmisión de la vida debe ser responsable, pero corresponde a los esposos decidir al respecto y han de proceder siempre con medios legítimos.

6. El derecho a comer

También tiene el hombre derecho a comer.

Cuando un hombre tiene hambre, Cristo tiene hambre. Cuando a ese hombre que tiene hambre se le niega el pan, a Cristo se le niega el pan (cf. Mateo 25, 31-46).

Dios hizo las cosas de este mundo —y en primer lugar, los alimentos— para todos los hombres. Comer es un derecho, como es un derecho respirar, o dormir.

Sabemos las complejidades de los problemas económicos. Sabemos los esfuerzos que se hacen por salir adelante. Pero

no podemos dejar de insistir en la extrema gravedad que significa, a la luz del Evangelio, el que por despido, por cesantía, o por el aumento del costo de la vida, por causas internacionales o por las causas que sean, haya hogares en que ya no se cocina, haya niños pidiendo pan, haya alumnos que no pueden estudiar porque no comen lo suficiente para concentrar su atención.

Una sola respuesta cabe a este desafío. Hacer cuanto esté de nuestra parte por aliviar el hambre de quienes lo sufren y disponernos a aceptar con gusto cualquier medida de emergencia que nos impongan las autoridades para que lleguen a todos o los alimentos que necesitan, o los medios para adquirirlos.

7. El derecho a la integridad física y moral.

El hombre tiene derecho a su integridad física y moral. No puede ser sometido a la tortura física, ni al vejamen, ni al terror, ni a manera de castigo, ni para hacerlo declarar lo que no quiere, en perjuicio suyo o de sus enemigos.

Tales procedimientos fueron usados en otros tiempos, y hombres de Iglesia alguna vez los usaron también. Eran de su tiempo y el ambiente en que vivían les impidió ver con claridad la línea que traza el Evangelio. Se usan aún hoy día en

muchas partes y, como dijo Paulo VI, *“ninguna nación está hoy sin culpa en lo referente a los derechos humanos”* (Sínodo de Obispos 1974). Y hay quienes ven *“la paja en el ojo ajeno”* y niegan *“la viga que tienen en el ojo propio”* (Mateo 7,3).

Pero deben desapacer. No podemos aceptar la teoría de que *“el fin justifica los medios”*. Sabemos los estragos que este principio causa en los países en que se le aplica en forma sistemática. Cada medio conducente a un fin, es un fin en sí y debe guardar consonancia con el fin a que se orienta. Una cadena de males no puede conducir sino al mal. El bien no puede ser sino la resultante de una sucesión de obras buenas.

8. El derecho a crear

El hombre tiene derecho a crear, a realizarse plenamente, a alcanzar su plenitud.

Tiene derecho a estudiar, a pensar, a expresar lo que él piensa, a buscar libremente la verdad y a comunicar a otros lo que él cree ser la verdad.

Se dice que la verdad tiene derechos que el error no tiene. Pero más exacto es decir que sujetos de derechos no son ni la verdad ni el error abstractos, sino los hombres que alcanzan la verdad o caen en

el error. No podemos juzgar la buena o la mala fe de los demás.

El mejor antídoto a la mentira y el error es la proclamación y el testimonio de la verdad. Pero, como lo dijimos, debemos estar siempre atentos a hacer nuestra la parte de verdad que suele estar presente en medio del error ajeno, y a purificarnos de la parte de error que siempre puede contaminar nuestra propia verdad.

El futuro no será una simple repetición del pasado. Cuando, llamando a sus primeros discípulos, el Señor les decía: ¡Sígueme!, no les revelaba ni por dónde los llevaría ni adónde habían de llegar. Vivir es avanzar hacia lo desconocido de la propia vida y lo desconocido de la historia. Por eso, vivir es crear, es descubrir, es inventar, es buscar, en el doble respeto a la verdad y a la libertad.

9. El derecho a participar

El hombre, dijimos, tiene derecho a comer. Pero es mucho más que un ser hambriento en busca de alimento. Trabajar no es tan sólo pagar el precio para comer. El hombre quiere y tiene derecho a participar.

En *“Mater et Magistra”* (1961) dice Juan XXIII que

“aún en el caso que la riqueza producida alcanzara un alto nivel y se distribuyera según criterios de justicia y libertad, —lo que no es poco suponer—, un orden económico sería injusto si pusiera en peligro la dignidad humana del trabajador, o debilitara su sentido de responsabilidad, o le impidiera la libre expresión de su iniciativa propia” (Nº 3).

Porque *“no sólo de pan vive el hombre”* (Mateo 4,4).

“Una exigencia actual del hombre, dice Paulo VI, es la de una mayor participación en las responsabilidades

y en las decisiones. Esta legítima aspiración se manifiesta sobre todo a medida que aumenta el nivel cultural, se desarrolla el sentido de libertad y el hombre advierte, con mayor conocimiento, cómo en el mundo abierto a un porvenir incierto, las decisiones de hoy condicionan ya la vida del mañana”. (Octogésimo Adveniens, 47).

Sabe el Papa que *“las disyuntivas propuestas a la deliberación son cada vez más complejas”*. A pesar de eso,

“para hacer frente a una tecnocracia creciente, hay que inventar formas de democracia moderna, no solamente

“Pero no podemos dejar de insistir en la extrema gravedad que significa, a la luz del Evangelio, a que por despido, por cesantía... haya hogares en los que ya no se cocina”.



dando a cada hombre la posibilidad de informarse y de expresar su opinión, sino de comprometerse en una responsabilidad común". (O. A., 47).

Hoy día es poco lo que pueden hacer algunos hombres aún preparados y bien intencionados, si buscan solos el bienestar de los demás. Pero no hay límites a lo que pueden hacer los hombres cuando, todos juntos, trabajan por el bienestar de todos.

Una de las riquezas del pueblo chileno es su disposición a participar, que lo ha llevado a crear pacientemente, a través de un siglo de esfuerzos y de luchas, una red de organizaciones de base, en que se han formado sus dirigentes, y que ha servido al bienestar, al progreso y a la cultura de la comunidad.

Debemos animar estas organizaciones —con las limitaciones que puedan imponer circunstancias pasajeras— y alentar a sus auténticos dirigentes para que nuestro país llegue a ser un cuerpo orgánico y estructurado, maduro y responsable, consciente de su dignidad y preparado para tomar decisiones.

10. El derecho a creer, esperar y amar

El hombre tiene derecho a creer, a esperar y a amar. Tiene derecho a oír la Palabra de Dios y a proclamarla libremente,

“desde los tejados”, como nos mandó el Señor (Lucas 12-3) y “a todo el mundo” (Marcos 16,15).

Tiene derecho a dar culto a Dios libremente, respetando por cierto el derecho de los demás a hacer lo mismo.

“Nadie debe ser obligado a obrar contra su conciencia, ni impedido de actuar conforme a ella, en privado o en público, solo o con otros, dentro de los límites debidos”, dice el Concilio Vaticano II (Dignitatis humanae, 2).

Toda limitación de la libertad religiosa es particularmente odiosa, porque más allá del hombre apunta al mismo Dios.

El que esto no se cumpla en muchos países, es una de las vergüenzas de la humanidad. La existencia de una Iglesia del silencio —o de la asfixia— que sólo puede hablar con su paciencia y su esperanza, es gloria para los creyentes y baldón para sus verdugos.

También tiene derecho el hombre a amar, a servir a sus hermanos, a ayudar a quienes necesitan su ayuda, a compadecerse de los que sufren, a aconsejar, a consolar, a animar. La Iglesia siempre ha defendido para sí misma su derecho a buscar y a usar los medios adaptados a las necesidades del momento y a sus propias posibilidades mediante los cuales cumple

lo más esencial de su misión, que es amar y servir.

11. Conclusión

Son estas las condiciones para la paz. Mientras todos los hombres que habitan un mismo país no sientan asegurado su derecho a nacer, a comer y a que se respete su integridad física y moral, mientras no se sientan invitados a participar y a crear y autorizados a creer, esperar y amar, no habrá verdadera paz.

Estamos persuadidos que todo esto se vuelve fácil en la misma medida en que los hombres aceptan a Dios y a su voluntad, aman a Dios y a sus hermanos, se convencen de la dignidad del hombre y del respeto que le es debido.

Pero creemos que aún para los no creyentes, el mensaje evangélico tiene una fuerza persuasiva y saludable, y que nos corresponde ofrecerlo a nuestros hermanos como nuestra específica contribución a la paz.

III. OBSTACULOS PARA LA PAZ

1. Apartar obstáculos

Nosotros reconocemos el servicio prestado al país por las FF.AA., al liberarlo de una dictadura marxista que parecía inevitable y que había de ser irreversible. Dictadura que sería impuesta en contra de la mayoría del país y que luego aplastaría esa mayoría. Cierto es que había en

nuestro proceso chileno algunas características que permitían a muchos esperar un consenso mayoritario en torno a tareas comunes que interesaban a marxistas, laicos y cristianos, en el respeto de un sano pluralismo.

Por desgracia muchos otros hechos, que los propios partidarios del pasado gobierno hoy día critican y lamentan, crearon en el país un clima de sectarismo, de odio, de violencia, de inoperancia y de injusticia, que llevaba a Chile a una guerra civil o a una solución de fuerza.

Lo ocurrido en tantos otros países del mundo en que minorías marxistas han impuesto o han tratado de imponer su dictadura contra la inmensa mayoría de sus habitantes, y no pocas veces con ayuda extranjera, era una clara advertencia de lo que podía suceder en Chile. Que estos temores no eran cosas del pasado, lo demuestra, entre otros, la actual situación en Portugal, y lo que se puede sospechar ocurre en Vietnam del Sur o en Camboya.

Es evidente que la inmensa mayoría del pueblo chileno no deseaba, ni desea seguir el destino de aquellos países que están sometidos a gobiernos marxistas totalitarios. En ese sentido, creemos justo reconocer que las FF.AA. interpretaron, el 11 de septiembre de 1973, un anhelo mayoritario y, al hacerlo, apartaron un obstáculo inmenso para la paz.

Ahora le pedimos que aparten otros obstáculos que se atraviesan en el camino de la patria. Y les pedimos que cuiden de no crear obstáculos nuevos, cometiendo errores que podrían ser irreparables.

Los Obispos no tenemos compromiso con partido político o con clase social o con interés económico alguno, no estamos a favor o en contra de este Gobierno o de cualquier otro. Nuestro compromiso es otro.

Nuestro compromiso es con los diez millones de chilenos que forman el pueblo de Chile y que saben lo que quieren. Nuestro compromiso es, en especial, con aquella inmensa porción de ese pueblo que sufre pobreza, postergación y frustración, cualesquiera que sean las causas. El pueblo es el protagonista de la historia, no las ideologías —por legítimas que sean— que pretenden encuadrarlo y encauzarlo y muchas veces lo interpretan mal, lo violentan y lo utilizan.

Nuestra Iglesia está presente de norte a sur del país, en todos los ambientes sociales. Está en las poblaciones marginales, en los barrios, en los campos más lejanos, como en los sectores residenciales de las grandes ciudades. Educa y asiste al pobre como al rico. Sus hombres provienen de todos los sectores.

No estamos al margen de los conflictos de ideas que sacuden al mundo. Entre nosotros, todas las corrientes despiertan algún eco. Pero procuramos que la enseñanza de Cristo y de su Iglesia se imponga a todos los pareceres, los unifique en torno a un testimonio y a una tarea comunes.

Queremos aportar ese mismo espíritu del Evangelio al debate, silencioso pero ininterrumpido, de nuestra realidad y de nuestro destino nacional.

No creemos en las soluciones demasiado simples, ni en las tomas de posición unilaterales.

Buscamos la realidad que se esconde tras las palabras gastadas.

No deseamos el retorno de ningún pasado, sino abrirnos a un futuro diferente y mejor.

2. Tres obstáculos

Tres corrientes de pensamiento y de acción nos parecen especialmente peligrosas para la paz: el marxismo ateo, el capitalismo individualista y un nacionalismo desvirtuado. Vamos a referirnos a ellas por separado. Pero primero las veremos en conjunto.

Cada uno de ellas crea en sus seguidores una mentalidad y una actitud que contradicen a las exigencias del Evangelio. Endurecen a los hombres.

Cada una de ellas tiende a dividir a los hombres entre amigos y enemigos, entre los que tienen derecho a vivir y a gozar de la vida y los que sólo tienen derecho a sufrir, si es que tienen algún derecho.

El socialismo marxista y el capitalismo liberal nos son bien conocidos. Su lucha, y el predominio alternado del uno o del otro llenan la historia chilena del último medio siglo.

Del capitalismo hemos hablado muchas veces y los documentos de la Iglesia que denuncian sus abusos y refutan sus errores son incontables. Enumeraremos los principales con sus fechas:

Rerum Novarum (1891), del Papa León XIII; Quadragesimo Anno (1931), del Papa Pío XI; Mater et Magistra (1961) y Pacem in Terris (1963) del Papa Juan XXIII; Populorum Progressio (1967) y Octogesimo Adveniens (1971), del Papa Paulo VI; y Gaudium et Spes (1965), del Concilio Vaticano II.

Del marxismo nos hemos ocupado ya en dos documentos importantes de nuestra Conferencia Episcopal: Evangelio, Política y Socialismos (1971) y Fe cristiana y actuación política (1973). El documento fundamental fue el del Papa Pío XI: Divini Redemptoris (1937). El más reciente: Octogesimo Adveniens (1971) del Papa Paulo VI.

Del nacionalismo y de sus desviaciones nos hemos ocupado menos hasta ahora. No se dan por cierto en nuestro país las circunstancias que motivaron dos célebres documentos del Papa Pío XI: Non abbia-

mo bisogno (1931) y Mit brennender Sorge (1937).

Advertimos, sin embargo, algunas tendencias que creemos nuestro deber señalar para evitar posibles dificultades.

A.- EL MARXISMO

1. ¿Por qué hablamos nuevamente?

Del marxismo hemos hablado, larga y repetidamente, especialmente entre 1970 y 1973. Nos parece un deber de delicadeza no insistir en la condenación de quienes se encuentran hoy derrotados y sufriendo. Sólo lo hacemos ahora, porque lo hicimos muchas veces antes, aun en el tiempo en que los marxistas aparecían vencedores y poderosos. Además, todo el mundo sabe que las relaciones entre el marxismo y los partidos o gobiernos de inspiración marxista, por un lado, y el cristianismo y las Iglesias cristianas, por el otro, tienen una larga y dolorosa historia en muchos países y que esa historia no ha terminado.

2. Capitalismo y marxismo son correlativos

El desarrollo del socialismo y del marxismo es la contrapartida del desarrollo del liberalismo y del capitalismo. Ambas corrientes son correlativas y son a la vez producto de la **sociedad industrial** que prevalece definitivamente en Inglaterra desde fines del siglo XVIII y se va extendiendo rápidamente, primero al mundo atlántico y luego al mundo entero.

Al hablar del socialismo y del marxismo, no se debe olvidar su carácter de reacción en contra de los abusos del capitalismo y del liberalismo, de tal manera que, aun hoy día, se puede decir que la mejor manera de combatir al marxismo es eliminar los abusos del capitalismo liberal, que constituyeron su caldo de cultivo.

3. Valores cristianos

Nadie puede negar tampoco que en el origen del socialismo —aunque no necesariamente del socialismo marxista-leninista— hay una aspiración a la **justicia**, un deseo de mejorar la condición de los **pobres**, una voluntad de coartar el poder del **dinero**, y un anhelo de **igualdad**, que admite sin embargo, para algunos, la privación de todo derecho para el enemigo y la creación de una nueva clase privilegia-

da. Ahora bien, esos valores, al menos restablecidos en su recto sentido y en su pureza original, son valores cristianos, están en la Biblia, están en el Evangelio, son nuestros y no podemos negarlos porque otros los hagan suyos. (Cf. J. Calvez. El pensamiento de Marx).

4. Hay muchos socialismos

Es bueno también recordar que hay muchos socialismos. Clásica es la división entre los socialismos llamados “utópicos” y el socialismo marxista, que se autodenomina “científico”.

Entre los socialismos utópicos, siempre han existido corrientes cristianas y se habla con razón, aunque no sin algunas ambigüedades, de socialismo cristiano. Y hablamos de ambigüedades, porque siempre es delicado el uso del adjetivo “cristiano” para calificar corrientes políticas, económicas o sociales. Pero este es otro asunto, que no corresponde tratar aquí.

También el socialismo marxista ha despertado en los últimos tiempos interés en ciertos cristianos. Interés por estudiarlo y comprenderlo, y también por colaborar con los marxistas en una lucha común por construir un orden más justo. Hemos analizado largamente el problema en Fe Cristiana y Actuación Política (1973) y nos remitimos a ese texto, como también

a Octogésimo Adveniens (1971), de Paulo VI.

Nosotros hacemos nuestra, desde luego, la prudente advertencia de Paulo VI:

“Si bien en la doctrina del marxismo, tal como es concretamente vivido, pueden distinguirse diversos aspectos, que se plantean como interrogantes a los cristianos para la reflexión y para la acción, es sin duda ilusorio y peligroso olvidar el lazo íntimo que los une radicalmente, el aceptar elementos del análisis marxista, sin reconocer sus relaciones con la ideología, al entrar en la práctica de la lucha de clases y de su interpretación marxista omitiendo el percibir el tipo de sociedad totalitaria y violenta a la que conduce este proceso”. (Octogésimo Adveniens, 34).

5. Hay diversidad de tendencias dentro del marxismo

El mismo socialismo marxista no es ni ha sido nunca monolítico. Especialmente en los últimos años se han desarrollado corrientes políticas que, reclamándose de Marx, y aún de Lenin, rechazan sin embargo violentamente la línea de Moscú, y más aún la corriente llamada “stalinista”. Hay quienes se apoyan en el joven

Marx —el filósofo, humanista y libertario— manifestando menos entusiasmo por el viejo Marx, el economista de El Capital. Hubo en sus tiempos grandes luchas entre los social-demócratas, más moderados, y los comunistas, más radicales. Entre mencheviques y bolcheviques. Entre Stalin y Trotsky. Entre Kruschev y la sombra de Stalin. Entre rusos y chinos. Fidel Castro y Che Guevara representaron, hasta cierto punto y en ciertos momentos, líneas divergentes, como también Tito en Yugoslavia, Dubcek en Checoslovaquia y desde luego, Mao Tsetung en China. Y entre los intelectuales se dan también matices diversos: Garaudy no es Althusser, y Marcuse no es Fromm.

De allí que una discusión con el marxismo deba tomar en cuenta esta **variedad de tendencias y posiciones**, ya que los argumentos que se dan contra los unos pueden no ser los mismos que los que se dan contra los otros.

6. El mundo cambia

A esta diversidad según los hombres o los países, corresponde también una evolución en el tiempo. Como toda doctrina, el marxismo es expresión de una época, es reflejo de un clima cultural, es condicionado por las mismas estructuras que se propone cambiar. En ese sentido lo afecta,

y de maneras muy diversas, el proceso mismo de la historia. Por eso las alusiones al marxismo de Octogesimo Adveniens tienen un tono muy diverso que las de Divini Redemptoris, escrita 40 años antes.

7. El ateísmo

El marxismo, sin embargo, tiene rasgos muy definidos. En su base hay una **filosofía atea**, y ésta es sin duda, la mayor dificultad que encuentra el creyente para enfrentarse con esta doctrina.

Justo es señalar que el ateísmo de Marx es, en parte, el de la sociedad burguesa de su tiempo, el de los intelectuales del siglo XIX, formados en la escuela de Hegel, de Feuerbach, de Bauer, de Strauss. Es el ateísmo de Comte y de Nietzsche y de los filósofos ingleses de esa época. Es el ateísmo, práctico si no teórico, subyacente al capitalismo liberal industrial y en reacción contra el cual nació. Ateísmo que, por cierto, no ha desaparecido del mundo contemporáneo.

Algunos han pensado que podría haber marxismo sin ateísmo, que el marxismo podría desprenderse de su ateísmo sin perder nada de su fuerza y de su eficacia. Algunos cristianos piensan así, pero muy pocos son los marxistas que los acompa-

ñan en esa posición. El ateísmo sigue siendo elemento esencial del marxismo. Para el marxismo, toda religión es alienación, es creación humana, es ilusión o mistificación, inocente o culpable, y debe desaparecer, por una persecución sangrienta o por una progresiva asfixia, según las circunstancias lo aconsejen.

Queda sin embargo la duda: el Dios que el marxista rechaza, ¿es el Dios verdadero? ¿No será la caricatura de Dios de la burguesía liberal? La proclamación del Dios verdadero, del Dios de la Biblia y del Evangelio, despojado de ingratas concommitancias históricas, ¿despertaría en el marxista una actitud de acogida? Pocas señas hay hasta ahora de que tal cosa ocurra, desgraciadamente. El marxista convencido rechaza la idea misma de Dios. Su humanismo es ateo. Y por ser ateo se vuelve antihumanismo (Cf. H. de Lubac: El drama del humanismo ateo, 1941).

Hay que comprobar y reconocer, sin embargo, que muchos militantes y simpatizantes marxistas no renuncian a sus creencias ni a sus sentimientos religiosos. Por el contrario, muchas veces esas creencias y sentimientos mal encauzados son los que los llevan a adherir al marxismo para luchar por la justicia y los pobres, contra el poder del dinero y el abuso de los poderosos. Y esto debe saberse y tomarse en cuenta.

8. El fin justifica los medios

Del ateísmo marxista deriva, en efecto, un oportunismo ético que bien puede expresarse en el lema: el fin justifica los medios. Es lícito, es bueno, es heroico, lo que sirve la causa. Es malo y despreciable lo que va contra ella.

Esta conducta, oportunista e implacable muchas veces, es un factor de violencia, es una amenaza permanente a quienes legítimamente están dispuestos a resistir al marxismo, y es muchas veces un justificativo para aplicar al marxismo los procedimientos que él mismo emplea. Es sin lugar a dudas un obstáculo, un tremendo obstáculo para la paz.

El marxismo, en su dureza, en el uso que hace de la mentira y de la calumnia, para desprestigiar y destruir al adversario, en el poder que se atribuye sobre la vida y la muerte, la felicidad y el dolor de los hombres, va directamente en contra del Evangelio.

Nosotros, sin embargo, no tenemos otra regla de conducta que no sea la de las bienaventuranzas evangélicas. Y es de acuerdo con ellas que resistimos al marxismo; convencidos de que en definitiva la única manera de vencer el error es —como ya lo dijimos— asumir plenamente la parte de verdad que a ese error vaya unida, es purificarnos de la parte de error que haya

en nosotros, y que muchas veces tiene mucha culpa en la persistencia del error que combatimos, es negarnos a emplear las armas del adversario que repudiamos, es tener fe en nuestra propia manera de pensar y actuar, y es por último creer en la definitiva victoria de la fe y del amor, es creer en la fuerza del Espíritu.

Unos nos juzgarán ingenuos, otros nos creerán débiles, quizá algunos nos llamarán cómplices. Sin embargo, creemos que es la fuerza de Dios la que actúa a través de la debilidad de los hombres que creen.

9. Un mesianismo

Hay en el marxismo un **mesianismo**, una mística que da a su lucha una fuerza innegable y terrible. El marxista es un profeta que anuncia con voz infalible la redención de la humanidad entera, e invita a una lucha titánica para acelerar su venida. La confianza del marxista está en el hombre, en su clarividencia y en su pasión. El mito de Prometeo que desafía a los dioses, proyecta sobre el marxismo una cierta grandeza, quizá demoníaca.

A este triunfalismo mesiánico, humanista y ateo, el cristiano opone su propia fe. Decimos mal, opone. El marxismo y lo que hay en él de grandeza, será totalmente asumido algún día por la fe en el Dios vivo

y esa misma fe lo purificará de sus miserias, errores y bajezas. La controversia doctrinal tiene allí su campo de acción.

También cabe la lucha política. Pero lo que en definitiva hará del marxismo una ideología del pasado será la humilde lucidez de la fe, será la constancia en el seguimiento incondicionado de Cristo, será la irrupción de Dios y de su gracia en una etapa futura de nuestra historia. La victoria de Dios no será la derrota de ningún hombre. Será la liberación de todos los hombres, de quienes propagan como de quienes combaten las ideas de Marx y de Lenin. Por esa victoria luchamos y no por otras.

10. ¿Somos antimarxistas?

¿Somos los cristianos antimarxistas?

Bien sabemos que el cristiano no lucha contra los **hombres**: no tenemos enemigos y a los que nos consideran como tales, tenemos orden del Señor de quererlos, respetarlos y servirlos: son nuestros hermanos.

Pero sí luchamos contra el **error**. Y en cuanto el marxismo es error, somos antimarxistas. Lo somos en la exacta medida en que el marxismo va en contra de Dios, del Evangelio, de la Iglesia y del hombre.

Del marxismo, como economía, como sociología, como filosofía de la historia, se podrán aceptar pocas o muchas cosas, y lo hacen diariamente hombres de ciencia que nada tienen de marxistas. Pero jamás podremos aceptar que se diga que Dios no existe, que la fe religiosa no es sino un producto nefasto del calculado cinismo de los opresores o de la imaginación afiebrada de los oprimidos. Jamás podremos aceptar que el servicio de una causa meramente humana sea ley y medida suprema de la conducta y justifique todos los abusos y todos los crímenes. Jamás renunciará el pueblo chileno, ni nuestro continente latinoamericano a la fe ni al Evangelio. Y quienes condicionan, aunque no lo digan, la liberación de los hombres y el establecimiento de la justicia al ateísmo y a una ética que es la negación del Evangelio, cargarán con su responsabilidad ante la historia por querer marginar de esa lucha a los creyentes y por querer llevar en último término a los hombres por un camino sin salida. El torrente incontenible que lleva a los hombres de este siglo hacia la justicia y la igualdad, se abrirá camino impulsado por la fe y el amor, no por el ateísmo y el frío cinismo de los que no reconocen la ley de Dios.

11. No aprobamos cualquier antimarxismo

Somos antimarxistas en el claro sentido que acabamos de indicar. Pero no aprobamos cualquier forma de antimarxismo. Hay quienes usan el antimarxismo para pasar de contrabando ideas y actitudes a veces peores que el mismo marxismo que pretenden combatir.

La pasión antimarxista favorece al marxismo al suponer que la lucha contra el marxismo consiste esencialmente en luchar contra los marxistas. Y no es así. La verdadera lucha contra el marxismo consiste en eliminar las causas que engendran el marxismo, en cambiar el medio de cultivo en que éste se desarrolla, en ofrecer una alternativa que lo sustituya. Muchas veces sin embargo, los mismos antimarxistas son, en definitiva, quienes crean, mantienen o agudizan las condiciones que generan el mal que pretenden combatir.

También es ayudar al marxismo, por cierto sin quererlo, el considerar marxista o sospechoso de marxismo a todo aquel que lucha por la dignidad del hombre, por la justicia y la igualdad, al que pide participación, al que se opone a la prepotencia. Es prestarle un doble e inmenso servicio: es hacer recaer sobre él el presti-



“Hay una sola manera de vencer al mal: es hacer el bien”.

gio moral que deriva del Evangelio, en el cual no cree, y a la vez desprestigiar a quienes en último término representan la única alternativa valedera al ateísmo y al totalitarismo que se quiere superar.

Decir de los marxistas, como lo ha dicho cierto diario, en una penosa circunstancia, que *“se matan entre ellos como ratas”*, sin respeto alguno por su dignidad de hombres, por su carácter de chilenos, ni por el hecho mismo de darlos por muertos o por el dolor de sus familiares, no es envilecer a los marxistas; es envilecerse a sí mismo y envilecer a los lectores.

Estimar que cualquier medio es lícito cuando se le usa en la lucha contra los marxistas es aplicar la misma ética que hemos denunciado en ellos. ¿Qué significa ser antimarxistas, si en nombre del antimarxismo se usa de los mismos procedimientos de los que se dice combatir?

San Pablo da otro consejo:

“No devolver a nadie mal por mal... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer... No te dejes vencer por el mal, antes bien, vence al mal con el bien”
(Romanos 12,17-21).

Hay una sola manera de vencer al mal: es hacer el bien.

Hacer el bien incluye ciertamente castigar todo delito debidamente comprobado, de acuerdo a las normas de la justicia; impedir que se cause un perjuicio a la comunidad, exigir el cumplimiento de las normas que garantizan el bien común de todos. La Iglesia no pretende desarmar el brazo de la autoridad legítima cuando cumple con su deber, por duro que éste sea. Sólo pide que haya coherencia entre los principios y los actos, y de los unos y los otros con la inspiración cristiana a que se les refiere.

B.-EL CAPITALISMO

1. Los ídolos

El marxismo tiende a hacer del hombre, o más exactamente del **proletariado**, un ídolo que reemplace a Dios. El cristianismo rechaza a todos los ídolos. Para respetar y servir al hombre le basta con creer en Dios y saber que cada hombre concreto, grande o pequeño, rico o pobre, es hijo de Dios.

El capitalismo y el liberalismo suelen también adorar a sus ídolos. Estos son el **dinero** y la **libertad**. Para el cristiano, el dinero y la libertad son medios para que el hombre llegue a ser lo que debe ser: nada más. Queremos un mundo de hombres libres y que tengan lo necesario para su pleno desarrollo: la historia ha demostrado sin embargo mil veces que cuando el dinero se convierte en ídolo, muchos hombres llegan a carecer de él, y cuando es la libertad la que se convierte en ídolo, muchos hombres caen en esclavitud.

Cuando el hombre se aparta de Dios, no se contenta con adorar a los ídolos; adora ídolos de signo contrario y la

historia fluctúa de un extremo a otro. Sólo la fe en Dios y más en concreto la aceptación del mensaje evangélico, permite al hombre centrarse en lo justo, en lo humano.

Sin duda, no todo es malo en el liberalismo y en el capitalismo. Vamos a recordar sin embargo algunas críticas que, desde hace ya más de un siglo, viene haciendo la Iglesia a los abusos que se derivan de ambas doctrinas.

2. La libertad a través de la obediencia

León XIII estudió a fondo el problema de la **libertad** en su Encíclica *Libertas* (1888). La tesis es la siguiente: cuando el hombre se libera de Dios, cuando rechaza su ley, se declara a sí mismo árbitro del *"bien y del mal"* (Génesis 3,5), unos pocos hombres audaces se sustituyen a Dios e imponen a los demás hombres una esclavitud que nada tiene que ver con "el dulce yugo y la carga liviana" que nos impone Cristo. (Mateo 11,30).

La **obediencia** de todos a la ley de Dios es la única defensa de la libertad de los pobres, de los humildes y de los débiles. Es el único freno al abuso o a la prepotencia del rico y del poderoso. Este tema se desarrolla en cada página de la historia bíblica.

El Evangelio es liberador. La empresa de la Iglesia en el mundo es una empresa de liberación. Ella continúa la obra de Cristo que vino a salvar, a redimir, vale decir a liberar al hombre del pecado, del error, de la mentira, de la ignorancia, de la injusticia, de la miseria, de la opresión, a través de la obediencia al Padre, en quien brillan la santidad, la verdad, la justicia y la plenitud.

La Iglesia siempre ha defendido la autoridad, por cuanto es necesaria para asegurar la justa libertad de todos. Pero exige que los que ejercen la autoridad se sometan como los demás a las leyes divinas y humanas y no se atribuyan el poder de decidir *“acerca del bien y del mal”*.

3. Liberalismo económico y socialización

El liberalismo —o sea una falsa concepción de la libertad— tuvo, sin embargo, aspectos muy positivos en su lucha contra los excesos y los abusos de la autoridad en sus distintos niveles: familia, escuela, Estado, y en la misma Iglesia, que también pagó un tiempo su tributo a los errores de la época.

Pero si en un campo fue a la larga funesto, fue en el campo económico y

social. Sin duda la libertad económica total, unida a la codicia del dinero y de poder, pudo en un tiempo estimular el desarrollo y crear una prosperidad de la que en parte aprovecharon también los trabajadores. Pero el costo fue abismante. Una parte considerable de la población mundial, primero en Europa y luego en el resto del mundo, quedó sumida en la esclavitud y en la miseria; las desigualdades entre los hombres se hicieron intolerables; la lucha de clases se desató. El socialismo y el marxismo son los hijos legítimos del liberalismo y del capitalismo. Lo dijo Pío XI: *“El liberalismo es el padre del socialismo”* (*Divini Redemptoris*, 16).

Pero hay más. El siglo XX descubre con angustia que los bienes de este mundo son limitados. Que la abundancia de unos pocos descansa sobre la miseria de los más. Que los países ricos se alimentan de los países pobres y, dentro de cada país, los ricos son ricos, en parte al menos, porque los pobres son pobres. Más aún, es posible que unos pocos privilegiados de hoy estén malgastando, dilapidando riquezas que harán falta a las generaciones venideras. Todo indica que es necesario asegurar una explotación racional del planeta, para que sus recursos alcancen para todos y por mucho tiempo. Por eso, como lo explicó Juan XXIII en *Mater et Magis*

tra (1961), la **socialización**, es decir,

“el conjunto de las interdependencias cada día más numerosas que han traído consigo, en la vida y en la acción de los hombres, múltiples formas de vínculos sociales es uno de los rasgos más característicos de nuestra época” (Mater et Magistra, 59).

La socialización, continúa Juan XXIII,

“permite satisfacer muchos derechos de la persona humana, como los medios de existencia, la atención médica, la difusión y el progreso de una cultura básica, la formación profesional, la vivienda, el trabajo, el descanso conveniente y sanos esparcimientos” (Mater et Magistra, 61).

El Papa ve los peligros que pueden derivarse de ella, especialmente para la libertad de los individuos, evoca los métodos y condicionamientos

“que hacen difícil a cada cual —en una sociedad socializada— el juzgar independientemente de toda influencia exterior, el actuar por propia iniciativa, el ejercer, como conviene, sus derechos y sus deberes, el desarrollar y valorar las facultades de su espíritu” (Mater et Magistra, 62).

Pero estima que son superables (n. 64).

Comprobamos con inquietud la tendencia del Gobierno a reducir los servicios públicos, entregando a la iniciativa de los particulares algunas tareas al servicio de la población, en circunstancias que, en muchos casos, el interés de los empresarios no coincide con las necesidades y los deseos de los sectores más necesitados, que sólo el Estado puede atender debidamente.

Lamentamos igualmente que servicios como la Salud, se estén, por su alto costo, volviendo inaccesibles para los pobres. Nos duele ver enfermos que no pueden consultar médicos, por no tener el valor de la consulta. Comprendemos la intención de saneamiento económico subyacente a medidas dolorosas para todos, pero estimamos que en nuestro país hay muchas personas tan débiles económicamente que no pueden pagar lo que verdaderamente valen las cosas más esenciales, para quienes la protección del Gobierno es una necesidad para la supervivencia y creemos que si es necesario quitar este apoyo, sólo debería hacerse paulatinamente.

4. Ciencia económica y participación

Decía Pío XII:

“Tratar los hechos económicos como si fueran fenómenos físicos y

químicos, sometidos al determinismo de las leyes de la naturaleza, es una concepción falsa que se ha revelado en la contradicción flagrante entre la armonía teórica de sus conclusiones y las terribles miserias sociales que dejaban subsistir en la realidad”.

Esto lo decía Pío XII en 1956. ¿Podríamos decir que, veinte años después, este juicio ha perdido toda actualidad? ¿O que no la tiene para el Chile de hoy?

La economía es una ciencia que todos debemos respetar. Pero, como las demás ciencias, está sometida al hombre, y a su servicio. Y la única manera de evitar las terribles “*miserias sociales*” a que aludía Pío XII es oír la voz de quienes las sufren. Hay muchas maneras de resolver los problemas económicos. Pero ninguna es buena si no toma en cuenta, si no invita a participar a todos los que habrán de poner el esfuerzo y sufrir las consecuencias.

“No se escucha suficientemente a un inmenso sector del país, que es el que carga en definitiva con la mayor cuota de los sufrimientos”.



Comprobamos, sin embargo, y lamentamos que en la fijación de las políticas económicas —y sin negar la buena intención y la competencia técnica de los responsables, que conocemos bien— no se escucha suficientemente a un inmenso sector del país, que es el que carga en definitiva con la mayor cuota de los sufrimientos. Quisiéramos que se buscara la manera de subsanar esta deficiencia que otros sectores saben aprovechar muy bien.

Mientras los unos actúan a veces con prepotencia, satisfacen venganzas y amedrentan a los pobres, como si las FF. AA. estuvieran a su servicio exclusivo, los otros ven limitada su capacidad de defenderse, cerrada casi toda posibilidad de diálogo, dispersados o atemorizados sus líderes, reducidos sus derechos, perdido el fruto de largas luchas. Confiamos en el espíritu de justicia de nuestras FF. AA. para que restablezcan un justo equilibrio entre los sectores en pugna en el campo económico: es condición para la paz.

5. Cristo, el dinero y los pobres

Tratemos de comprender el verdadero alcance de las enseñanzas de Cristo acerca de la pobreza y acerca del dinero.

“Nadie puede servir a dos señores: a Dios y al dinero” (Mt. 6,24). Hay que

elegir: o el dinero se subordina a Dios y a su ley, o el dinero pretende dominar a Dios y servirse de él.

“La vida es más que el alimento y el cuerpo más que el vestido”. (Lucas 12, 23).

Quiere decir que las industrias alimenticias y textiles, y todas las demás están subordinadas al cuerpo y a la vida de los hombres que las necesitan. El hombre es el absoluto, porque es creatura, hijo, colaborador y heredero de Dios. Todo lo demás es relativo.

Las riquezas son un bien en sí, no cabe duda. Lo malo es el apego excesivo, la codicia, la avaricia, el derroche que tantas veces acompañan la posesión de las riquezas. Por eso decía el Señor:

“¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!” (Marcos 10,23), y

“¡Ay de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!” (Lucas 6,24).

De allí viene la ternura del Señor por los pobres. Entre ellos nace, entre ellos vive, entre ellos elige a sus colaboradores. De ellos dice:

“Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos” (Mateo 5,3).

Pobres son para él los que tienen alma de pobres, vale decir, los que no tienen apego, o son capaces de desprenderse de sus riquezas. Zaqueo, por ejemplo, el acaudalado, que, convertido por el Señor, le promete:

“Voy a dar la mitad de mis bienes a los pobres, y a quien he exigido algo injustamente, le devolveré cuatro veces más” (Lucas 19,8).

6. Miseria y solidaridad

Una última consideración antes de abandonar este tema: *“Siempre habrá pobres entre Uds.”*, dijo Jesús, comiendo en Betania, poco antes de morir (Jn. 12.8). No era una profecía, ni menos una maldición. Conociendo lo que es el hombre, nunca se logrará la justicia perfecta, ni la caridad perfecta, ni la desaparición del sufrimiento. Siempre habrá a quién atender, ayudar, consolar.

Hoy día se prefiere, y con razón, ir a la raíz de los males económicos y buscar soluciones que se esperan definitivas, más que paliar los efectos. Pero es un hecho que la miseria subsiste y que hay que aliviarla como uno pueda.

“La religión pura e intachable ante Dios Padre —escribía el apóstol Santia-



“Pero es un hecho que la miseria subsiste y que hay que aliviarla como uno pueda”.

go—, es ésta: visitar a los huérfanos y a las viudas en su tribulación” (Santiago 1,27).

Era un eco de un texto de (Isaías: 1,17):

“Aprendan a hacer el bien y busquen lo que es justo, den sus derechos al oprimido, hagan justicia al huérfano, defiendan la viuda”.

“Lo que quiero es la justicia por todas partes, y que el bien se haga torrente inagotable” (Amós 5,24).

Chile necesita de un inmenso esfuerzo de solidaridad en que todos participen. Hay que multiplicar los comedores infantiles, que son una manera de redistribuir el alimento, hay que redistribuir la ropa que no se usa, y a través de las bolsas de trabajo, redistribuir los empleos disponibles. Tenemos que ayudarnos los unos con los otros para atravesar la crisis presente y dar tiempo a que los proyectos de los

economistas logren sus frutos que todos esperamos.

Reconocemos el esfuerzo que hace el Gobierno para paliar —mediante el “*empleo mínimo*”— los grandes sufrimientos que produce la cesantía. Reconocemos también la sensibilidad demostrada por el Gobierno en la atención de los ancianos, y de los inválidos, de los niños con problemas y de los menores en situación irregular y la labor incansable de las señoras esposas de los miembros de la H. Junta de Gobierno y de los oficiales de las diversas ramas de las FF. AA. al servicio de todos ellos.

Como también la actividad infatigable de la señora esposa del Presidente de la República y de las de los intendentes, gobernadores y alcaldes en beneficio de los Centros de Madres.

¡Que haya justicia en todas partes y que el bien se haga torrente inagotable!

C.- EL NACIONALISMO

1. Un sano patriotismo

Nacionalismo puede ser sinónimo de patriotismo: un sano y bien entendido amor a la Patria, expresión de caridad fraterna, de solidaridad, de servicio al bien común.

Jesús fue patriota. Hay huellas en el Evangelio de su amor a su pequeña patria, tan menospreciada y maltratada en su tiempo. Quiso vivir en ella toda su vida. Compartió su destino, su sufrimiento, sus humillaciones.

Reservó todo su tiempo, su predicación, sus milagros, para sus conciudadanos. Entre ellos eligió sus primeros apóstoles. A ellos debían ir sus discípulos a predicar, antes que a nadie.

Al acercarse a la ciudad que le iba a dar muerte, lloró sobre ella diciendo:

“¡Oh, si hubieras entendido el mensaje de paz! Pero ha permanecido oculto para ti. Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te rodearán de trincheras, te cercarán, te apretarán

por todos lados. Te aplastarán sobre la tierra, a ti y a tus hijos que estén sobre tus murallas, y no dejarán en ti piedra, sobre piedra, porque no supiste reconocer el tiempo en que fuiste visitada (por Dios)” (Lucas 19,41-44).

Era israelita en todo: su tipo físico, su vestimenta, su lenguaje, sus costumbres, los ejemplos que él daba, las anécdotas que refería, su estilo al hablar, al actuar, todo en él delataba al judío, fiel a su raza y a su pueblo.

Si hubiera venido al mundo en Chile en vez de Palestina, habría sido un chileno al ciento por ciento, enamorado de nuestro paisaje y de nuestra historia, de nuestra manera de ser y de vivir, un auténtico hijo de nuestro pueblo y de nuestra tierra.

Nosotros alabamos el esfuerzo que hace el Gobierno por reavivar el patriotismo de los chilenos, por destacar lo que nos une, por darnos a conocer mejor nuestro país y nuestra historia.

Sabemos que existe una campaña internacional contra Chile que deforma la realidad. Comprobamos con pena que la escasez de la ayuda económica que recibimos en parte debida, sin duda, a esa misma campaña, hace aún más dura la condición de los pobres.



“Era israelita en todo”.

Como el Señor, cuyo ejemplo acabamos de evocar, llevamos nuestra patria muy adentro, y a nuestro Gobierno actual, como a todos los anteriores, le damos una colaboración, a veces crítica, pero siempre desinteresada y constructiva. Queremos sinceramente el éxito del Go-

bierno, porque el verdadero éxito de un Gobierno es “*el reino de la justicia, del amor y de la paz*” (*Prefacio de la fiesta de Jesucristo, rey del universo*).

Hace pocos días, hablando en Castelgandolfo a varios miles de peregrinos, se lamentaba el Papa Paulo VI de que “*nadie habla más del patriotismo, siendo que es siempre un cimiento válido y bueno para mantener el pueblo alerta, fuerte y unido*” (*El Mercurio, 1º de septiembre 1975*). El cristiano ha sido siempre patriota, sanamente nacionalista.

2. Un nacionalismo estrecho

El nacionalismo, sin embargo, como toda cosa buena, puede deformarse o desvirtuarse. Y no está de más ponernos en guardia contra tales peligros que en definitiva debilitan la convivencia nacional.

Al hacer el elogio del patriotismo el Santo Padre hace una reserva: “*excepto por sus deplorables exaltaciones nacionalistas y antagonistas*” (*id.*). Y es que algunos han entendido el nacionalismo como una “*exaltación*” de la patria, que la convierte en un ídolo, al que se ha de sacrificar a los mismos hombres que la componen, siendo que, por el contrario, el

fin de la patria es el bien de quienes la constituyen, de todos ellos.

Una primera deformación del nacionalismo consiste en estrechar su ámbito. Reducir el patriotismo a la manera de pensar y de sentir de un sector solamente de los habitantes de un país.

Así algunos hacen coincidir el patriotismo con la adhesión irrestricta a un determinado régimen de gobierno incluso a un determinado gobierno.

Otros, consideran patriotas tan sólo a los que admiran y quieren perpetuar una determinada época histórica.

Hay quienes atribuyen como un monopolio del patriotismo a un solo sector ciudadano, representativo e influyente sin duda, pero que no puede pretender agotar la realidad del país. Ni siquiera las Fuerzas Armadas pueden agotar el patriotismo o el sano nacionalismo. Grande es sin duda su importancia en la creación de la conciencia nacional. Pero hay un patriotismo civil que complementa y enriquece el patriotismo militar, y del que nuestra historia entera es testigo.

Hay quienes, por fin, con espíritu simplista, llegan a creer que el patriotismo consiste principalmente en venerar los símbolos de la patria: la bandera, el

himno nacional, las grandes efemérides. Nos alegramos de que tales emblemas reciban el honor que les corresponde, porque contribuyen poderosamente a avivar el espíritu patrio. Pero más allá de los signos y de los sentimientos, debe éste expresarse en las acciones, en las obras, en el diario quehacer del trabajo, de la justicia, de la solidaridad.

Así como la Iglesia, al propiciar la propiedad privada, insiste en que su mejor defensa consiste en que todos —y no sólo unos pocos— tengan acceso a ella, así también al promover el sano patriotismo aconseja que nadie sea excluido del derecho y del deber de amar y servir a su patria, aun cuando la vean con ojos diferentes y deseen para ella bienes diferentes.

3. Todos iguales ante la ley

El patriotismo exige que todos sean iguales ante la ley. Esta igualdad tiene al menos dos requisitos.

El primero es que la ley sea conocida por todos y que su estricto cumplimiento sea exigido por la autoridad. Las leyes no pueden tener cláusulas secretas. Todo ciudadano tiene derecho a conocer “las reglas del juego”. No pueden existir en un

país lugares misteriosos, de los que nada se sabe a ciencia cierta, y que sólo alimentan rumores, sospechas y angustias, que dañan la confianza de los ciudadanos en la igualdad de todos ante la ley. La familia tiene derecho a saber dónde está su deudo, culpable o inocente. Todos tienen derecho a exigir que las leyes, especialmente las represivas, se cumplan estrictamente sin que los encargados de aplicarlas se excedan impunemente al hacerlo.

Otro requisito de la igualdad es que se comprenda que, aun cuando la ley es la misma para todos, no siempre están todos los ciudadanos en igualdad de condiciones frente a esa ley.

Suele haber quienes pueden aprovechar de la ley en su beneficio, en detrimento de los demás, mientras otros no tienen posibilidad alguna de utilizarla. La ley en tal caso, bajo una apariencia de

"Nacionalismo puede ser sinónimo de patriotismo: un sano y bien entendido amor a la patria".



igualdad, sanciona y agrava la desigualdad, y se convierte en un privilegio para quienes pueden sacar partido de ella. Esto ocurre principalmente en las medidas de orden económico. El Gobierno tiene el deber de regular la libertad de los poderosos y de proteger a los débiles, para así avanzar hacia una verdadera igualdad.

Mientras todos los chilenos no sientan que son verdaderamente iguales ante la ley, que no existen ni grupos privilegiados, ni otros que no tienen las mismas garantías que los demás, no se puede esperar la unanimidad que es una de las expresiones del patriotismo.

Las Fuerzas Armadas, como muchas veces se ha señalado, representan a la totalidad del país. No son ni han sido nunca clasistas. Sus miembros viven de un sueldo fijo y no están ligados a intereses económicos. Se han mantenido tradicionalmente alejados de los partidismos políticos. En ese sentido, ocupan una posición privilegiada para ser factor de unidad nacional.

Hay, sin embargo, quienes parecen creer que puedan utilizar a las FF. AA. en defensa de sus intereses de grupos, a veces egoístas y mezquinos, otras veces rechazados por la gran mayoría del país. Nosotros confiamos en que ellas sabrán estar vigilantes y no dejarán que unos pocos

chilenos proyecten sobre ellas una imagen impopular y resistida por la gran mayoría del país.

4. Un nacionalismo excluyente

Otra deformación del nacionalismo mira más bien hacia fuera. Es el nacionalismo competitivo, agresivo, que busca afirmar la superioridad de la propia patria rebajando a las ajenas. Es el **chauvinismo**, que es malo porque es falso.

La visión cristiana es universal, fraterna y solidaria. No es necesario que mi país sea superior a los demás en todo. Basta que sea fiel a su sino propio, que aporte al resto del mundo aquello de que es capaz, que sepa aprovechar la contribución de los demás, que busque el intercambio, la colaboración con todos.

A lo largo de la historia el choque de esos mal entendidos nacionalismos ha sido causa de innumerables guerras. En los pueblos, como en los hombres, la dignidad es virtud y el orgullo es defecto.

Entre los mil productos que alimentan el comercio mundial y que son necesarios al bienestar de los pueblos, ninguno circula con tanta rapidez o es más fácilmente asimilable que las ideas. Solemos hablar de

ideologías “foráneas”. Pero, ¿qué ideología no lo es? El cristianismo, desde luego, nos viene de Palestina; el liberalismo, de Inglaterra; los grandes temas filosóficos, de Grecia. La tarea de cada país no consiste en defenderse de las ideas que vienen de fuera, por venir de fuera, sino de someterlas a crítica, asimilar lo que tengan de bueno, adaptarlas al genio nacional, enriquecerlas con el aporte propio, contribuir también con nuevas ideas.

5. Pueblo y masas

Cuando en una familia el padre decide, manda —y eventualmente castiga— sin oír pareceres, uno sabe que la paz del hogar durará lo que dure la infancia, y el temor. Un día llegará en que los hijos rechazarán la autoridad paterna, se rebelarán o dejarán la casa. O afrontarán la vida, disminuidos.

El verdadero amor a la patria es como una extensión del amor a la familia. Y lo que vale en el ámbito del hogar vale también en esa más amplia comunidad que es la patria común.

El chileno quiere, sin duda, ser bien gobernado, y gusta de un gobierno fuerte y respetado. Pero, pueblo adulto, quiere también ser oído, tomar parte en la

discusión y en las decisiones que afectan a la comunidad nacional. Ya lo dijimos: quiere participar.

Un país es tanto más firme y unido cuanto mayor sea la libre integración de cada ciudadano en el proceso colectivo. Esto requiere que cada ciudadano pueda opinar y actuar, en lo que le corresponde, con plena responsabilidad y sin temor. Y que los diversos organismos que pudieran representar intereses contrapuestos tengan las mismas garantías ante el organismo superior.

El Papa Pío XII escribía hace ya 30 años:

“Expresar sus puntos de vista sobre los deberes y sacrificios que se les imponen; no verse obligados a obedecer sin ser escuchados: he ahí los derechos de los ciudadanos, que encuentran en la democracia su expresión”.

Y luego introduce una distinción:

“El pueblo” y la multitud informe —o las “masas”—, son dos conceptos distintos.

“El pueblo vive y se mueve por su propia energía vital, las masas son inertes por sí mismas y sólo pueden moverse desde el exterior.

“El pueblo vive por la plenitud de vida de los hombres que lo componen,

cada uno de los cuales es una persona consciente de su propia responsabilidad y de sus propias convicciones.

“Las masas son juguete fácil de cualquiera que explota sus instintos e impresiones, están dispuestas a seguir por turno, hoy esta bandera y mañana otra.

“De la vida exuberante del verdadero pueblo, una vida rica y abundante se difunde en el Estado y en todos sus órganos impartiendoles un vigor que constantemente se renueva.

“Las masas son enemigos de la verdadera democracia y de su ideal de libertad e igualdad” (Mensaje de Navidad, 1944).

No dejemos que los chilenos lleguemos a ser “masa”. Trabajemos todos por ser “pueblo” y aportar al Estado que nos dirige nuestra “energía vital”, nuestra “vida rica y abundante”, nuestro “vigor siempre renovado”.

5. La patria terrenal y la patria celestial

El sano amor a la patria, el nacionalismo auténtico, es el que se subordina a valores más altos.

“El principal deber de los cristianos, escribía León XIII, es amar una y

otra patria, la terrenal y la celestial, pero de tal manera que el amor de ésta ocupe lugar preferente, sin anteponer jamás los derechos del hombre a los derechos de Dios” (Sapientiae christianaе, 13).

Los chilenos nos queremos porque somos hermanos, hijos de un mismo padre; por eso nos ayudamos y servimos los unos a los otros y repartimos equitativamente entre todos lo poco o mucho que tenemos.

Los chilenos queremos a Chile porque es nuestro común hogar, el que Dios nos dio, aquel en que nacimos y que nos es familiar.

Los chilenos nos entendemos porque hablamos el mismo idioma, tenemos la misma cultura y la misma fe, o al menos, partimos de una fe y una cultura comunes.

Los chilenos participamos todos en la obra común de construir la patria porque es nuestra y no tenemos otra, porque la queremos y le debemos todo, y porque Dios quiere que sean las cosas “*en la tierra como en el cielo*”.

Porque somos todos iguales, en origen y en dignidad, nos escuchamos y nos respetamos los unos a los otros.

Porque el uno tiene lo que al otro le falta, nos enriquecemos los unos con los otros. Quien hace tuyas éstas y otras pareci-

das afirmaciones e inspira en ellas su vida y su trabajo, ese es sanamente nacionalista y verdaderamente patriota.

CONCLUSION

“Bienaventurados los pacíficos porque serán llamados hijos de Dios” (Mateo 5,9).

¿Quiénes son los **pacíficos**?

¿Quiénes, en la hora suprema, serán los reconocidos como **“hijos de Dios”**?

Serán los que tengan paz consigo mismos. Y tengan paz con Dios, que es lo mismo. La paz interior es un don de Dios a las almas humildes y de buena voluntad.

“Dichoso el hombre que no se junta con los impíos, ni se detiene en la senda de los pecadores, sino que se complace en la ley de Yahvé, y susurra su ley día y noche. Es como un árbol plantado junto a una corriente de agua que da a tiempo su fruto y jamás se marchita su follaje; todo lo que hace sale bien” (Salmo 1,1-3).

Es pacífico el hombre que respeta a su prójimo. Porque el respeto es la primera manifestación de la justicia.

El respeto al hombre es indivisible. O se respeta a todos los hombres o no se respeta a ninguno. O se respeta al hombre entero o no se respeta nada de él.

Es pacífico el hombre que busca la justicia, *“con hambre y sed”* (Mateo 5,6), como si fuera agua o fuera pan. La justicia que le favorece, y la que le perjudica. La justicia a la que está habituado, y aquella en la que nunca antes había pensado. La justicia incorporada al orden establecido y la que perturba ese orden.

Es pacífico el humilde que reconoce sus errores y sus limitaciones, el que sabe pedir perdón y deshacer el camino andado.

Es pacífico el hombre que **no tiene enemigos**. El que no sabe odiar ni guardar rencor. El que sabe perdonar o no se da por ofendido.

Es pacífico el que **quiere a todos los hombres**, a medida que la vida los va poniendo en su camino.

Es pacífico el que, más allá de las soluciones hasta ahora propuestas, **busca caminos para el futuro**, sueña utopías, procura convencer, aunar las voluntades de los hombres de esperanza en torno de un gran designio original y colectivo.

Es pacífico, por fin, el que **no tiene miedo**. El que vive y lucha ante la mirada

de Dios y sabe que el descanso y la justicia le llegarán a su hora.

En la última cena, despidiéndose de sus discípulos, les dice el Señor:

“Yo les dejo la paz, yo les doy la paz; no se la doy como la da el mundo” (Juan 14,27).

La paz que da Cristo no es como la que ofrecen los hombres. Brota de una vertiente secreta que hay que saber descubrir. Pero *“el que bebe de ella, nunca más tendrá sed”*. Y *“ella se convertirá en él, en fuente que brota para la vida eterna” (Juan 4,14).*